

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

"TESTIMONIOS DE MIS LIBROS" (*) (187)

(Continuación de nota) (188)

JORGE LUIS BORGES

Señoras y señores: Hablaré, según se sabe, de mis libros. No sé cuántos libros he publicado. Sé que son demasiados, pero cada uno de ellos, de alguna manera, necesario.

Antes de hablar de ellos quiero hablar de mi padre y de su biblioteca. Mi padre dejó algunos sonetos a la manera de Enrique Banchs. En mi familia, además de la tradición militar, la tradición de soldados de la Independencia, de las guerras civiles, de la guerra del Brasil y del Paraguay, de hombres que se jugaron contra la primera dictadura, había también una tradición literaria.

Creo que soy sobrino bisnieto del primer poeta - lo digo cronológicamente - que dio nuestro país: el general Crisóstomo Lafinur, que murió muy joven y escribió aquella trémula obra: El amor de verano. Del lado de mi abuelo materno había también una tradición literaria. Hubo un ascendiente de él que fue amigo de John Keats y muy amigo de un caballero inglés que fue a Alemania y se graduó de doctor en letras, pero no aprendió el alemán porque dio todos sus exámenes en latín.

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Eso era posible entonces.

Mi padre hubiera querido ser escritor. Compuso un libro de cuentos, una novela, un libro de ensayos que destruyó. Y, de un modo tácito - quizás es el modo más eficaz - se entendió que yo tenía que cumplir el destino que le había sido negado a mi padre. Mi padre se quedó ciego muy joven. A mí me ha durado más la luz, aunque desde 1955 ya no pude leer ni escribir. Pero mi padre y mi abuelo paterno murieron ciegos. De suerte que yo sabía que la oscuridad, o mejor dicho, la sombra, era mi destino. Y no hubo ningún momento trágico. Fue más bien un lento crepúsculo. De modo que la ceguera ha ido desparramándose sobre los años y eso puede haber sido patético, pero no trágico.

Pues bien, yo entendí que mi destino era un destino literario. Para mí la lectura ha sido un placer intenso y, aun ahora que soy profesor, les aconsejo a mis alumnos de la Universidad Católica y en dos seminarios que tengo en casa, que lean libremente. Lo que se lee para los exámenes, lo que se lee por obligación se lee para el hombre. En cambio, lo que se lee cuidadosamente, lo que se lee brindándose en el texto, así se lee para la memoria, o a veces, aunque se olvide, se lo tiene tan profundamente que es parte de uno mismo.

Algunas veces me han preguntado qué escritores han influido en mí. Yo generalmente contesto, o debería contestar: han influido en mí todos los escritores que he leído, sin duda muchos. Además no podría recordarlos a todos.

Los jóvenes poetas dicen que el lenguaje es una traducción. Los diccionarios han difundido la idea de que los idiomas son juegos y sinónimos. Pero no es así. Yo diría que cada idioma es un modo de organizar todo lo que es más importante de sentir: el universo. Por eso hay ciertas palabras que se dan en ciertos idiomas y en otros no.

La literatura tiene una serie de matices. Hay un libro de Lugones - que no es uno de sus mejores libros, pero a mí me place recordar a Lugones - que se titula Los crepúsculos del jardín. Ahora, según los diccionarios, podríamos traducir este título como "La penumbra de la quinta", pero vemos inmediatamente que el peso se desvanece. Los crepúsculos del jardín hace a una línea de poema.

La pieza es muy misteriosa. Por eso no creo en la pieza comprometida, que se supone es la que puede dirigir el escritor. Los clásicos no creen que el poeta dirija su obra. Más bien la obra dirige al poeta.

Yo leí mucho de chico. Muchas veces he dicho - demasiado tal vez - que mi infancia correspondió al barrio de Palermo, desde el punto de vista topográfico. Pero mis ideas corresponden a las bibliotecas de mi padre y al diálogo de mi padre. Y, como dije, siempre supe que mi destino sería literario. Mi padre me dijo que escribiera y leyera lo que había escrito y que no me apresurara a publicar.

Así fueron pasando los años. Yo hice mi bachillerato en Ginebra. He sido buen latinista, pero como dije en un poema, haber olvidado el latín es una posesión. Queda en la mente. Uno puede ser incapaz de descifrar una página de Tácito o de Virgilio, pero sin embargo quedan las

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

disciplinas del latín, el yugo del latín.

Ya que he hablado de la palabra yugo, voy a retrotraerme a una de mis manías o placeres. Quiero recordarles que yog, yoga, tienen la misma raíz que la palabra yugo. Es decir, el yoga es una disciplina que se impone el espíritu. Las palabras son casi iguales.

Bien, yo seguí el consejo de mi padre y destruí por lo menos dos libros.

El segundo de ellos lo escribí bajo el influjo de un autor a quien ahora veo como muy lejano. Luego escribí un tercer libro que corresponde al descubrimiento de Buenos Aires, podemos decir al redescubrimiento de Buenos Aires. Si yo no hubiera salido de Buenos Aires y no hubiera estado cinco años en Suiza y dos en España, posiblemente no habría visto a Buenos Aires, porque uno no ve lo que ve todos los días. Creo haber leído que los chinos lo entienden así. Los chinos tienen un museo que parece insensato porque lo que siempre está a la vista no se ve. De modo que tienen las telas enrolladas y luego van abriéndose y entonces la descubren cada vez que la miran.

Y ahora vuelvo a mi primer libro. Ese libro lo he leído modificado a través de sucesivas correcciones. Le puse demasiadas cosas, pero lo hice llevado por mi natural timidez de juventud. Yo temía que si expresaba algo de un modo sencillo los lectores se darían cuenta que lo que yo decía era una irrealidad. Entonces trataba de ocultar eso, a veces utilizando neologismos. Esto corresponde a los años 1923. También trataba de ocultar eso a través de arcaísmos y latinismos. Esto obedece a mi lectura constante de Quevedo y otros autores que todavía sigo leyendo.

Este primer libro adolece de estos errores y, además, de que tenía demasiados propósitos.

En 1923, mi ciudad de Buenos Aires, la ciudad que yo quería tanto, era una ciudad de casas bajas y patios. Lo hubiera hecho con un lenguaje sencillo, pero además de eso me interesaba la filosofía. Yo me enseñé el idioma alemán. Actualmente no puedo hablarlo, porque no tengo práctica, ni tengo oído pero puedo hacer algo más importante, que es gozar de la poesía alemana y saber si un verso es bueno o malo. El idioma alemán me parece un idioma muy bueno para la poesía pero no para la prosa .

En ese libro yo no pude expresar la ciudad de Buenos Aires. Los temas esenciales de la filosofía y, además, esas experiencias eróticas que se dan en un muchacho de 24 años, hicieron que a mi entender ese libro fuera un fracaso. Pero hubo alguien que supo leerlo con un sentido adivinatorio y aquí quiero recordar a dos amigos: uno de ellos es Güiraldes. Yo le mostraba un manuscrito mío y él no leía las distintas líneas sino lo que yo hubiera querido decir.

El otro gran amigo que debo nombrar es el gran poeta mexicano Alfonso Reyes, que también era un autor adivinatorio.

Luego resolví publicar un libro. Mi padre me había dicho que él me iba a costear la primera edición. Así pude imprimir mi primer libro. Mi padre trajo 600 pesos. Publiqué 300 ejemplares. Pregunté en la editorial

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

cuánto podían tardar en publicarlo; me contestaron que aproximadamente unos seis días. Le dije que no podía ser porque yo me iba de viaje. Fue así que me lo publicaron en cinco días. Yo pasé un año en Europa. Es decir, que yo publiqué mi libro y luego desaparecí. Esto es lo más cómodo para todos, principalmente para mí.

Ahora quiero pensar en un amigo mío: Carlos Mastronardi. Carlos Mastronardi es un poeta y le dije por qué no publicaba en La Nación y La Prensa, sino en Córdoba y Tucumán, y él me ha contestado que si "publico algo en Buenos Aires tengo bastantes amigos y esos amigos se van a ver obligados a leerme. En cambio, si publico en Córdoba y Tucumán los textos tardan en llegar y yo no causo incomodidades a nadie". Yo entiendo perfectamente bien eso.

Fui a la redacción de la revista Nosotros y observé que había una percha llena de sobretodos. Yo había llevado creo que alrededor de 70 ejemplares y entrevisté a Alfredo Bianchi, uno de los editores de la revista. El me miró con justificada alarma y me preguntó: "¿Qué quiere que haga con esos libros? ¿Venderlos?" "No - le dije - . A pesar de ser el autor de este libro, no estoy absolutamente loco. Lo que yo quiero es que cuando la gente se distraiga usted deslice un ejemplar en los bolsillos de los sobretodos que llevan". Volví al cabo de un año y vi que no todos los habitantes habían tirado sus ejemplares y algunos habían escrito sobre el libro. Fue entonces que conocí a Güiraldes y Reyes.

Mis libros están llenos de filosofía. Sólo hay dos clases de hombres: aristotélicos y platónicos. Para los platónicos los verdaderos son los generosos y para los aristotélicos los verdaderos son los individuos.

En cuanto a las patrias, creo que son actos de fe. ¿Qué es ser argentino? Ser argentino no puede definirse prácticamente. Es decir, de la misma manera que no podemos traducir amarillo, amor o la sensación que significa la cercanía del mar y de una mujer.

Deliberadamente me propuse ser un clásico español del siglo XVII. Desde luego, fracasé porque la empresa era imposible. En otra oportunidad me propuse ser argentino, sin darme cuenta que ya lo era. También adquirí un diccionario de argentinismos - mejor dicho dos - y escribí un libro lleno de palabras criollas. Ahora he perdido los diccionarios y no sé lo que significan muchas frases de ese libro.

Y mis amigos - no mis amigos extranjeros, sino mis parientes criollos - se quedaron perplejos ante ese libro.

Voy llegando a lo que creo que son mis verdaderos libros. Yo quisiera borrar los otros. Y he pensado que una manera de borrarlos, que sería ingeniosa, sería reimprimirlos y no imprimir los que no me gustan. Entonces, después de mi muerte, alguno hubiera descubierto que había dejado de lado los buenos. Pero no me atrevo a ese experimento póstumo.

Y esto me trae a la memoria otra anécdota, que es superior a las otras, ya que es de Marck Twain. Marck Twain odiaba las obras de Jane Austen y dijo que podía hacerse una perfecta biblioteca omitiendo los libros de Austen, y aunque esa biblioteca no tuviera ningún libro, siempre

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

sería superior a las otras por no contener ningún libro de Jane Austen. Y ahora paso a mis cuentos y poemas, salvo que no haya diferencia excesiva entre ellos. Quiero hablar del proceso. Esto puede ser interesante.

Yo voy recorriendo el barrio de la plaza San Martín y otros de mis barrios, el barrio de la Biblioteca Nacional, un derecho desde la Revolución Libertadora que acabó con la segunda dictadura, según se sabe. De pronto siento que algo va a ocurrir y entonces me pongo a escribir y apresto el oído a ese algo y luego acuden a mis labios, acude una línea, o si no una idea general.

Si se trata de un cuento, trato de inventar y sabemos que inventar y descubrir son palabras sinónimas en latín. Es el principio y el fin de los cuentos y a medida que voy escribiéndolos y pensando, entonces me va siendo revelado lo que ocurre entre la primera línea y la última. A veces me equivoco y tardo un tiempo en descubrirlo; tengo que borrar lo que he escrito hasta que finalmente llega al fin.

He hablado de literatura fantástica. Pero esta palabra se presta a un error, ya que suele confundirse la literatura fantástica con la literatura arbitraria, y yo creo todo lo contrario. Creo que la literatura fantástica es realmente una literatura íntima. El realismo es un modo, o podemos decir, que el realismo con sus convenciones, es una de las formas de la literatura fantástica. También podemos decir que no hay una diferencia excesiva entre ellas. Tomemos un tema: el del crimen. Pues bien, ese tema puede ser expresado de dos modos igualmente admirables. Podemos leer Crimen y castigo o, según creo que se llama en Rusia, Culpa y expiación, de Dostoievsky. En el primero de ellos tenemos una introducción del mundo fantástico en el mundo real. En cambio, en la obra de Dostoievsky - he estado un verano en Moscú - hay detalles realistas. No obstante, esencialmente no creo que un libro no sea más real que el otro.

Yo sufrí de insomnio. Y el insomnio consistía en esto: en que yo no podía olvidar lo que me rodeaba. Yo cerraba los ojos pero seguía consciente de mi cuerpo, y no sólo de mi cuerpo sino también de los muebles que me rodeaban, y no sólo de los muebles sino también de los patios, de las casas y de todo el pueblo. Filosóficamente me parece que puede ser cierto. Cuando se está dormido o no se es nadie o se es todo. Las dos palabras son sinónimos. Y cuando uno se despierta recuerda todo.

Mi padre me explicaba el funcionamiento de la memoria. Decía: yo creo recordar mi infancia en el Paraná cuando era chico, pero realmente no recuerdo nada. Y me recordaba esto entre una pila de monedas. Y luego decía: "esta moneda corresponde a una imagen" y luego decía: "yo vuelvo a recordar esa imagen y la represento con otra moneda. Salvo que en la segunda moneda hay una ligera deformación y cuando vuelvo ya no recuerdo la primera moneda sino la primera imagen". La única manera, entonces, de recordar algo, es olvidarlo por el momento y luego todo eso nos vendrá desde el pasado. Esto muy bien puede ser cierto.

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Pues bien, yo pienso en un hombre y por contraste me imagino un pobre mercader comprador del siglo pasado: Funes. A mi me gusta usar apellidos a los cuales tengo algún derecho. Tuve un abuelo llamado Funes.

Yo imagino un hombre casi perfecto de entendimiento y voluntad y abrumado por la memoria. Entonces, escribo su historia que viene a ser como el relato del insomnio. El hombre es abrumado por una continuada memoria, con la memoria de cada uno de los millares de cosas que a veces ha sentido, que ha percibido a lo largo de un día y a lo largo de todos los días,. Y cuando estaba escribiendo ese cuento me sentía abrumado por él.

En otra oportunidad yo llevaba mi vida normal: iba a mi empleo, veía a mis amigos, pero pensaba que todo eso era falso. Lo verdadero era la historia del hombre que no podía olvidar.

Las dos veces yo sentía que estaba sufriendo. Mi vida cotidiana era secundaria. Nunca me ha sucedido eso después. Siempre he tenido que obligarme a escribir, pero sigo haciéndolo. Además de esos temas de la imaginación - que creo que no son arbitrarios porque corresponden a estados de ánimo -, y una prueba de ello es que todos los literatos empiezan por lo fantástico y no empiezan por observaciones realistas. Es posible que esos símbolos no sean arbitrarios sino que correspondan a pasiones y a estados de ánimo Además, ¿cómo trazar el límite entre lo real y la imaginación? ¿Qué razón valedera puede haber para que el sueño que usted soñó esta mañana no sea real y que las noticias que usted leyó esta mañana sean reales?

Yo he escrito cuentos fantásticos y escribí los primeros, por timidez, en un estilo barroco. Hay un cuento del hombre inmortal que yo eché a perder. Me gustaría reescribirlo alguna vez, aunque no me gusta porque parece la imagen del cansancio

Era un hombre inmortal. Supongamos este hombre libre, según la premisa lo requiera, durante siglos, siglos y siglos En ese tiempo habrá sido muchos hombres: un canalla, un santo, tal vez en un día suceden todas las cosas juntas. No hay días en que no haya un instante de cielo, y varios instantes de infierno y muchos instantes de purgatorio. El personaje del cuento había sido muchos hombres. Había sabido el griego, luego lo había olvidado. Y entre las muchas cosas que hizo, le tocó ser Homero y había escrito La Ilíada y La Odisea. Y si un hombre pudo cursar infinitamente ese tiempo es imposible que no haya un momento en el cual no haya escrito o que no haya sido un santo, un criminal o un traidor.

El hombre ha sido Homero. Pasan los siglos y luego es tantos otros hombres y tantas otras tareas que olvida haber sido Homero y al final alguien descubre que él ha sido Homero. En la memoria los hechos se han trastornado y cree haber sido Homero. Pero el último texto ve que es íntimamente autobiográfico.

Y esto me recuerda una historia de Robert Browning, mucho más linda

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

que la mía. En un poema él sabe que al alejarse de Babilonia no había muerto sino que se había extraviado. Había recorrido diversas geografías desconocidas y había pensado que era el campamento de su ejército y luego al llegar había visto que era un gran campamento de hombres de tez amarilla y de ojos oblicuos. Era un campamento tártaro o chino y entonces se alista entre sus soldados, y combate bajo las órdenes de un jefe que ignora, por causas desconocidas. Y al cabo de muchos años, pagan a la tropa. Le pagan monedas y él se queda mirándolas y ve en algunas de las monedas algo que lo alarma y luego la mira y dice: "Esta es la moneda que yo hice acuñar el día de la batalla de Arbelas cuando yo era Alejandro de Macedonia".

Aquí tienen el cuento mío bien hecho; es decir, el hombre que se olvida de haber sido Homero.

Mis libros son estados de ánimo. Mucha gente cree que escribir un cuento fantástico es escribir un cuento incoherente. Wells dijo que en un mundo fantástico debe haber un solo elemento fantástico.

Otro tema que me ha atado es el tema del coraje. Eso puede deberse a mi espíritu militar. Pienso en el coronel Borges, mi abuelo, que murió en la revolución del 74. En aquel tiempo las revoluciones no eran grandes desfiles como ahora y en aquel tiempo, por extraño que parezca, no se arrojaba una bomba sino que la gente peleaba frente a frente. Así peleó mi abuelo, cerca del pueblo de 25 de Mayo, y peleó a caballo. El creía que su deber era morir y fue, no al galope sino al trote, hacia las líneas enemigas, donde por primera vez se usó el Rémington y lo mataron a balazos. Es decir, que me interesó el tema del coraje.

Me interesó también - aunque parezca una paradoja - no la literatura clásica, sino el tema del compadre. Después caí en el sentimentalismo. Corrí la suerte del tango y la milonga, que empiezan siendo alegres y floridos.

He escuchado muchas veces una historia que la he oído en Palermo, Montevideo, Mercedes, Dolores. Hay un hombre que tiene fama de valiente y viene a desafiar a un desconocido simplemente para que se vea cuál de los dos es más hombre. Y esto sucedió muchas veces en la realidad y también en las novelas de Eduardo Gutiérrez.

Esto me trae a la memoria otra anécdota. Se estaba por filmar una película y no había muchos actores y se buscaron extras que los ayudaran. Pero tampoco tenían bastantes uniformes ni sables de utilería. El comisario del pueblo los ayudó y les prestó unos cuantos sables de verdad. Asimismo, contrataron a un muchacho por unos pocos pesos para que hiciera el papel de uno de los gauchos que fue a buscar a Pereyra. A este muchacho le dieron un uniforme y un sable que lo llenó de orgullo. Y le dieron un sable de veras.

En el momento del atropello mató a uno de la partida. Fue aplaudido estrepitosamente. Este muchacho quedó con un afán de guapo estupendo, y llegó a serlo, ya que ese muchacho murió respetado y con varias muertes en su haber.

Ahora quisiera referirme al último libro que he escrito: el Informe de

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Brodie. En ese libro está el cuento que yo creo es el mejor. Su título: La intrusa. Situé la acción en Turdera, alrededor del mil ochocientos y tantos. Yo elijo tiempos un tanto distantes en el espacio y en el tiempo, porque creo que si un autor toma un tema contemporáneo, se le abalanzan diciendo que la gente no habla así. En cambio, si yo hablo de tiempos tan distantes, ¿quién puede acordarse de cómo hablaba la gente?

Yo dictaba ese cuento a mi madre. Mi madre, que ha cumplido 95 años, escribía con creciente disgusto y me decía: "Otro cuento de guarangos". Llegamos al momento en que un personaje tenía que decir algo y tenía que decir algo de un modo eficaz, puesto que todo el cuento dependía de la frase. Y yo no daba con la frase. Y mi madre me dijo: "Espera". Al cabo de un minuto me dijo: "Yo sé lo que él dijo". Ella había entrado en el mundo ficticio del cuento. No me dijo convendría que dijera sino que me dijo: él dijo. . .

Actualmente, si usted habla con ella, va a negar la anécdota porque a ella no le gusta mucho el cuento y le mortificaba mucho haber colaborado en un cuento de cuchilleros.

El Informe de Brodie surgió de la idea de escribir cuentos sencillos. Para mí es el mejor libro de cuentos que haya yo escrito. Esta opinión no es compartida por mis amigos que dicen que debo aceptar la decadencia y dejar de escribir. Pero un hombre, cuando ha perdido la visión, tiene que seguir escribiendo. Yo sé que mi destino es literario. No me gusta mucho lo que escribo, pero ¿qué otra cosa me queda ahora? Si no escribo me siento injustificado.

Otro libro es El congreso. No sé si el libro es bueno, pero la historia del libro es curiosa. Hace como treinta o cuarenta años atrás que ese argumento insistía en que yo lo escribiera. Yo hago todo lo posible por desoírlo; el argumento sigue persiguiéndome y yo para librarme de él lo contaba a mis amigos, en una forma de publicación.

Alfonso Reyes me dijo: "Publicamos nuestros libros para no pasar nuestras vidas corrigiéndolos". Ese cuento al que me estoy refiriendo, no es un cuento mágico, es algo más ambicioso. Es un cuento místico que se refiere a una experiencia mística que yo no he tenido y que ni siquiera sé si es posible.

Este cuento ha sido juzgado cortésmente por mis amigos. No me han dicho una sola palabra sobre él, pero también el silencio es una forma de juicio condenatorio.

Y ahora tengo otro. El año que viene les prometo, en homenaje a ustedes, un cuento sobre la muerte de Juan Moreira. Creo que es uno de mis mejores cuentos. Yo lo he escrito. Esta fe es necesaria es un escritor.

Cuando yo empecé a escribir - este hecho es capital y debo señalarlo - nadie pensaba en el éxito ni en el fracaso. No existían las palabras promoción, ni best - seller. Un escritor como Lugones era considerado como el primer escritor y vendía 400 libros en un año. No se pensaba en éxito o fracaso. Nuestra pasión era la literatura y la escritura. En cambio

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

todo eso ahora ha sido reemplazado por la política y la publicidad. Es una lástima, pero yo no puedo modificar las cosas, aunque trato, en lo posible, de ser fiel a esos antiguos ideales míos. He advertido que escribir una página mediocre no causa una sensación muy inferior a escribir una página buena. De cualquier manera, estamos cumpliendo con el deber y todo esto que estoy diciendo fue previsto por otros. Ahora, quiero agradecerles su resignación y su atención. Muchas gracias.